



Revista de Estudios de Género. La ventana

ISSN: 1405-9436

revista_laventana@csh.udg.mx

Universidad de Guadalajara

México

RAMÍREZ, CHIQUI

PIMIENTA, CLAVOS DE OLOR Y MIEL

Revista de Estudios de Género. La ventana, núm. 14, diciembre-, 2001, pp. 368-372

Universidad de Guadalajara

Guadalajara, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=88412394017>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

CHIQUI RAMÍREZ

**PIMIENTA, CLAVOS DE
OLOR Y MIEL**

Metida en la hamaca, trataba de escuchar las ondas internacionales de radio. El ruido de la lluvia que caía sobre la carga amarrada a los árboles no la dejaba oír. Despacito movía el botón. Con el oído bien atento, lista para detenerse al captar las voces conocidas que, de tanto escucharlas, sonaban familiares. ¡Ah! El pequeño radio de baterías era su única ventana al mundo, hacia la civilización moderna. Robándole tiempo al sueño se mantenía informada de los avances técnicos y científicos; sobre las últimas películas, ¡con lo que le gustaba ir al cine!, con los éxitos musicales del momento.

¡Cómo imaginar un disco de diez centímetros que encierra una enciclopedia completa de doce tomos! ¡Un concierto de jazz en la BBC de Londres! *Hello Dolly!*, con Louis Armstrong bai-

lándola con Nills Coronado. Y los otros bravos porque decían que era música imperialista. ¡Qué ignorancia! Marineros en la mar de radio exterior de España. Cómo me hubiera gustado ser marinero. Pero para eso hubiera tenido que nacer hombre, pensó.

¡Imaginar un pescado preparado con crema de cangrejo!

—¡Oíste, Teshita! ¡Crema de cangrejo! ¿Cómo harán la crema de cangrejo?

Le gritó Pascual en la oscuridad de la noche, como siempre que oía algo interesante y que sabía que ella también estaba escuchando.

—¡Sí! ¡Ya oí!—. Le contestó a gritos sobre el ruido de la tormenta.

— ¡Seguro primero ordeñan a la cangreja!—. Y escuchaba cómo se reía.

Pero esa noche se dejaba llevar por la descripción de una exposición de pintura impresionista en New York. Genaba los ojos e imaginaba el vestíbulo de la galería, las luces, el movimiento de las personas allí reunidas

elegantemente vestidas, el murmullo. Un autorretrato de Van Gogh, vibrante de color, con la mirada fija, inquisidora. *La Gare Saint Lazare* de Claude Monet, las *Danseuses* de Degas, Toulouse Lautrec, Renoir regresaron a su mente. Eran los impresionistas que conoció en su visita al Museo del Ermitage en Leningrado y después por sus estudios en historia del arte en la Universidad de San Carlos.

El agua se deslizaba de los troncos de los árboles hacia los lazos de la hamaca, desviándose por los calcetines amarrados con ese fin. Un zancudo trataba inútilmente de atravesar el mosquitero.

Una voz la transportó a su realidad.

—¡Compa! ¡Compa, venga a ayudarme! ¡Sandra ya empezó con los dolores!

Apagó la radio. Se sentó en la hamaca y alcanzó las botas de hule, sacudiéndolas antes de ponérselas por aquello de los alacranes y otros bichos que llegaban atraídos por el olor a mocho de los pies siempre húmedos.

Cuando salió de debajo de la carpa, fusil al hombro, la compa ya había desaparecido en la oscuridad de la noche. Como pudo la alcanzó, porque a pesar de sus años se movía ágilmente entre los matorrales, bejucos y árboles del campamento. La lluvia, los truenos y los rayos caían por aquí y por allá mientras los árboles se mecían al ritmo de la música de sus ramas bajo la tormenta.

A tiempo terminamos las camisitas y los pañales, pensó.

Semanas antes, como siempre que esperaban un muchachito, las mujeres del campamento habían ido a buscar trapos viejos a un buzón. Llegaban a los buzones que a la carrera habían hecho los pobladores de las aldeas, cuando supieron que los soldados venían masacrando, violando a las mujeres, robando. Con el sentimiento de violar la intimidad de otros, en silencio levantaban las ramas y los troncos caídos, de lo que había sido un techo que cubriría las pertenencias que pro-

tegieron del saqueo. Contemplaban los cortes y los güipiles que desafiaban la humedad de la selva con sus vivos colores, en espera de las mismas manos que primorosamente los habían tejido. Trastos abollados, una piedra de moler, un pedazo de cara, mudos testimonios de un orden social millenario cortado, cuando los helicópteros descendieron vomitando a la tropa que se lanzó al ataque ametrallándolos, asesinandolos, quemándoles sus ranchos y sus milpas.

Los sorprendieron durmiendo. ¿Pesadilla o realidad? Nunca lo supieron.

Y regresaban en silencio con unos cuantos trapos.

Pero coser la ropita para el nuevo niño era una ocasión especial para las compas que, alrededor de la radio, escuchaban *Káliman, el hombre increíble* en la voz del Junco, mientras hablaban cosas de mujeres.

Llegaron hasta la posición de Sandra. Agonizante, un pequeño fuego hecho entre las raíces de un árbol de

aratile, hacía hervir una infusión con nueve pimientas gordas, nueve clavos de olor, una rajita de canela y miel de churelitas. La bebida se le administraba a la parturienta para ayudarla en la dilatación.

Un rayo iluminó el recio cuerpo desnudo, moreno y sudoroso de la mujer que, acuchillada sobre un tapesco, con el pelo largo suelto sobre la espalda, pujaba apretando los dientes. Segundos después un trueno hizo estremecer la tienda.

—Sostengámosla de los sobacos para que pueda echar fuerzas—, le dijo la mujer.

De un salto se subió al tapesco y deslizó sus manos debajo de los brazos calientes y mojados y haciendo palanca con la rodilla en la espalda de Sandra, logró enderezarla para que pudiera pujar.

De la carpa caían chorros de agua empapando los cuerpos de las tres mujeres que se confundían en la oscuridad, en una lucha sorda debajo de

la tormenta. Sandra dio un grito de dolor y la vieja quedamente, con voz firme, le dijo:

— ¡Cállate!

Estoica, la joven mujer soportaba las contracciones. Perdieron la noción del tiempo. Sandra era primeriza y al parecer la criatura estaba demasiado grande y tenía problemas para nacer. La lucha entre la vida y la muerte, la luz y la oscuridad, la lluvia, la existencia, el vacío. El olor agrio dulce de secreciones femeninas, del monte y la tierra mojada, de sudor lavado sin jabón, se apoderaba de sus narices. Finalmente vio asomar el pelito negro y húmedo.

—¡Allí viene! —gritó emocionada—, ¡puje otro poco más, compa!

El niño sacó la cabecita, asomó un hombro y, como vomitado, se deslizó sobre el tapasco. Lo tomó entre sus manos y recordó con dolor su maternidad truncada. El asesinato de su marido. El exilio. La pérdida de su trabajo como maestra, su casa, su perro.

La difícil decisión de separarse de sus hijos para no anastrarlos a su suerte. Su incorporación a las aldeas en resistencia.

Pero había que actuar rápido. Metió sus dedos entre la boca del bebé para sacarle las flemas y el llanto trajo el canto de una nueva vida. Cortó el ombligo, cauterizándolo con un hierro calentado al rojo vivo y mientras la otra mujer se ocupaba de Sandra, bañó al niño con el agua de lluvia que caía de la carpa.

Heddy le llamaron al nuevo compita.

La estación de aguas había pasado. A lo lejos, los saragates rompían el silencio de la tarde con sus potentes aullidos, llamando la lluvia a que refrescara la tierra y el bebé les contestaba, imitándolos, ante el asombro de todos los del campamento.

Heddy tenía una gran curiosidad por las ventanas de la selva que le dejaban ver retazos del cielo. Acostado sobre el tapasco disfrutaba mirando las copas de los árboles entrelazados en

lo alto del campamento. Los monos curiosos llegaban a verlo y los faisanes con su aleteo lo hacían reír. Después, al llevarlo sentado sobre el brazo, Hedy siempre iba mirando hacia arriba. No quería perderse un solo detalle de lo que allí pasaba.

Y, observando a Hedy, comprendió las inquietudes de los mayas antiguos. El porqué, en esfuerzo colectivo, fueron construidos esos grandes complejos urbanos, unidos por Sac'bes en medio de la selva. De un manotazo, el hombre maya limpió la selva, construyó las pirámides, observó las estrellas y midió el tiempo hasta anancarle al cielo sus secretos.

—Y yo buscando en la radio cosas interesantes— se dijo.

Un avión rasgó el tiempo lanzando una bomba que cayó en medio del campamento. Los ojos sin vida de Hedy siguieron mirando las ventanas de la selva.

*Toronto, Canadá,
8 de noviembre de 1999.*

CANDELARIA OCHOA ÁVALOS AVANCES DEL II COLOQUIO DE PROGRAMAS Y CENTROS DE ESTUDIOS DE GÉNERO EN MÉXICO

Los días 23, 24 y 25 de agosto del presente año, se realizó el I Coloquio Nacional de Programas y Centros de Estudios de Género en la ciudad de Monterrey, Nuevo León. Fue una reunión con poca asistencia, ya que dos días antes cancelaron compañeras de 18 universidades; sin embargo, ello no fue impedimento para que quienes coincidimos tuviéramos una discusión interesante.

Para empezar contamos con dos conferencias magistrales, una a cargo de Gabriela Delgado Ballesteros, en la que nos explicó con detalle algunos de los problemas existentes vinculados al género y la educación, así como a la problemática que enfrentamos las